

PRÍNCIPE FLORENCIO

¡Bah! El *Whisky*.

HARRY LUCENTI

La verdad, Florencio, la verdad. ¡Tus escándalos, tus vicios! Quieres escandalizar á la humanidad, y solo escandalizas á las vetustas damas de la corte de Suavia. Tus bacanales son partidas de restaurant á quinientos francos; escapadas de colegial que ha leído cuatro malas novelas. Los antros infernales á que descienes con miedo mal disimulado... éstos. ¡Salve Imperator! ¡Helio-gábalos! ¡Hijo del sol!

PRÍNCIPE FLORENCIO

¿Has terminado? Por esas verdades no conseguirás que te odie... Los tiempos no consienten Nerones ni Helio-gábalos... Tampoco tú has podido llegar á Shakespeare, aunque hayas escrito sonetos como los suyos; uno, por cierto, copia de otro italiano del siglo xvii.

HARRY LUCENTI

(*Muy indignado.*) ¡Mentira! Yo no plagio á nadie... Calumnias de envidiosos; ya demostré que el soneto italiano era apócrifo; lo inventaron para mortificarme; lo demostré y ya nadie lo cree. Es un imbécil el que diga... Tú lo eres si lo dices...

PRÍNCIPE FLORENCIO

(*Riendo.*) Ya ves, querido Harry, cómo es más fácil hacerse odiar de un poeta con la verdad, que de un Emperador.

HARRY LUCENTI

¡Bufonel (*El Príncipe se levanta y se dirige hacia Nunú y Tommy.*)

PRÍNCIPE FLORENCIO

Querido Harry, vamos, combina algo grande y dia-

bólico para esta noche. Tienes crédito por más de quinientos francos. Buenas noches, Nunú; buenas noches, Tommy.

NUNÚ

¡Alteza!

PRÍNCIPE FLORENCIO

Sentáos, cubrios... ¿No habéis trabajado todavía?

NUNÚ

No, nuestro número va casi al final; os esperábamos.

PRÍNCIPE FLORENCIO

¿No faltará nadie esta noche? ¿Ni la *tua* Donina?

NUNÚ

Donina...

PRÍNCIPE FLORENCIO

Dí que eres tú quien no quiere que vaya... Lo voy sospechando; quieres pasar por cínico; dices: ¡Bah! la *piccola* Donina *me n'infischio*... Y estás enamorado y la guardas para ti solo.

NUNÚ

¡Oh, no, Alteza! Ella es la que está enamorada de mí; ya lo sabéis... (*Fijándose en una sortija del Príncipe.*) Permitid. ¡Qué hermosa sortija!

PRÍNCIPE FLORENCIO

¿Te gustan las joyas?

NUNÚ

Más que todo.

PRÍNCIPE FLORENCIO

(*Reparando en una de Nunú.*) Ya veo...

NUNÚ

Es un vidrio de color... De noche, á la luz, hace bien... Cuando no se puede otra cosa... ¿Y esa piedra cómo se llama?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CARRILLO 1625 MONTERREY, MEXICO

PRÍNCIPE FLORENCIO

Rubi; y ésta es un ópalo.

TOMMY

Esa es de mala suerte.

PRÍNCIPE FLORENCIO

Para los demás. ¿Te atreves á llevarla? (*Arrojándole la sortija.*)

TOMMY

¡Ya lo creo! (*Poniéndose la sortija.*) Gracias, Alteza. Lo que sentiré es no poder llevarlas mucho tiempo; porque entre nosotros, llega un día de apuro... Esa será la mala suerte.

NUNÚ

(*Ofendido.*) Ahora es Tommy vuestro amigo.

PRÍNCIPE FLORENCIO

Tú no lo eres mío. Para ti no hay regalo. Estamos reñidos.

NUNÚ

¿Y si esta noche os preparo una sorpresa?

PRÍNCIPE FLORENCIO

Entonces tendrás una sortija que haga morir de envidia á todos tus compañeros.

NUNÚ

¡Oh, bella!

PRÍNCIPE FLORENCIO

Y otras muchas cosas que yo sé que deseas. (*El Príncipe saca una petaca de oro y ofrece cigarrillos.*)

NUNÚ

¡Otra petaca! De oro... Todas son de oro... Pero ésta tiene piedras. ¿Es vuestro nombre?

PRÍNCIPE FLORENCIO

No, unos versos en inglés... Guárdala, Nunú.

NUNÚ

Alteza...

PRÍNCIPE FLORENCIO

Guárdala, te digo.

NUNÚ

¡Oh, bella! ¿Has visto, Tommy? Son brillantes y... como eso...

TOMMY

Rubies...

NUNÚ

¿Y decís que son versos?... (*Leyendo.*) *Oh you the master mistress...* No leo más.

HARRY LUCENTI

Ni te hace falta.

NUNÚ

Ahí viene Donina con Zaida.

HARRY LUCENTI

¿Esa muchacha árabe, según dice ella?

NUNÚ

Sí, sí lo es. De Constantina, en Argelia. Es hebrea. Bailaba danzas orientales; después su empresario se la dejó al nuestro y baila con nosotros. Puede pasar por napolitana.

PRÍNCIPE FLORENCIO

Yo creí que lo era.

NUNÚ

Es una muchacha tristonra: siempre llora; llora por todo.

PRÍNCIPE FLORENCIO

¿Y esa con quién está?

NUNÚ

Con ninguno. A mí me quiere, lo conozco; pero es tan amiga de Donina, que cuando le digo algo se pone

como una fiera. A Donina la quiere con ceguedad; es una leona para defenderla.

HARRY LUCENTI

Entonces, acabaréis por quererlos todos.

NUNÚ

Os digo que no. Es inocente como un niño recién nacido.

PRÍNCIPE FLORENCIO

No es extraño. Entre vosotros... Ya no nos veremos hasta luego. ¿Iréis desde aquí?

NUNÚ

Con los trajes del teatro, como se ha convenido.

PRÍNCIPE FLORENCIO

¿No faltará nadie?

NUNÚ

Creo que no. Quiero probaros que soy vuestro amigo.

PRÍNCIPE FLORENCIO

Hasta luego. Vámonos, Harry. (*Viendo á Imperia, que ha salido momentos antes con Donina y Zaida.*) ¡Ah, Imperia! ¿Has visto, Harry? (*Nunú y Tonimy se han acercado al grupo de las mujeres. Donina se levanta y disputa con Nunú, algo apartados de los otros.*)

HARRY LUCENTI

Sí; me han contado la historia que le trae por aquí. Amistad antigua y fraternal (entre estas gentes todo es fraternal) con la madre de Donina: fueron compañeras de *troupe*. Supo que la chiquilla estaba aquí; vino á verla una noche... y ha vuelto. Esta es la verdad oficiosa.

PRÍNCIPE FLORENCIO

No sabrá mi tío que su amiga frecuente estos luga-

res; le parecería una falta de decoro. Habrá que decirselo.

HARRY LUCENTI

¡Oh, sí! Debe decirse todo lo que puede molestar. (*Salen el Príncipe y Harry.*)

NUNÚ

(*A Donina.*) Ya has visto con quién hablaba.

DONINA

Y antes en la escena. ¿Crees que no lo sé, que no lo he visto? No quedaba otra; la japonesa, mientras su marido trabajaba... Y esta noche sé que hay gran fiesta; pero no has contado conmigo.

NUNÚ

Al contrario: estás invitada.

DONINA

¿Yo, yo? Para que delante de mí... Lo que me da más rabia no es que tú rías con otras y las abracés y las beses. Es que si alguno pretende hacer lo mismo conmigo, tú lo consientes y te rías también.

NUNÚ

¡Qué tonta eres! (*Saca la petaca y enciende un cigarrillo.*)

DONINA

(*Viendo la petaca.*) ¿Qué es eso? ¿Quién te ha dado esto? ¿Qué dice aquí?

NUNÚ

¡Ja, ja, ja!

DONINA

(*Furiosa, pisoteando la petaca.*) ¡Mira, mira; ya no dice nada; ya no es nada! ¡Y lo mismo haría contigo y con quien!...

NUNÚ

(Amenazándola.) ¡Donina!... ¿Qué haces? ¿Qué has hecho? ¡Te juro que!...

IMPERIA Y ZAIDA

(Se interponen.) ¡Quieto, Nunú!

NUNÚ

¡Si no fuera porque estamos aquí!...

DONINA

¡Pégame, mátame! ¡Sí, es preferible to!o!...

ZAIDA

(Abrazando á Donina.) ¡Donina! ¡Pobre Donina!

NUNÚ

Vámonos á vestir, Tommy, vámonos. Esta noche vendrá. (Salen Nunú y Tommy.)

ZAIDA

No llores aquí; hay gente. Que no vean...

DONINA

¡Qué me importa todo!

IMPERIA

Y ahora, ¿quieres venir conmigo?

DONINA

¡No, no! ¡Con él siempre, aunque me mate! ¡Si antes no era así!... ¡Me quería mucho! Me engañaba con todas, es verdad; pero yo era siempre su Donina, la primera, la única después de todo. Y yo, en el fondo, hasta me sentía orgullosa de que todas le quisieran y que él, después de burlarse de ellas, volviera á mí siempre sin haberme olvidado. Pero ahora, no: hay peor voluntad en él. Más que con engañarme, parece que goza con que yo lo sepa. Y son esos hombres; desde que vinieron...

ZAIDA

Es muy malo Nunú, ahora es muy malo. Yo le quería antes. Donina no tenía celos de mí; sabía bien que le quería por ella; un cariño del corazón... Yo era como una hermana de los dos, Donina lo sabe. Pero es verdad, Nunú no es como era. Ya no reimos con sus bufonadas; porque era alegre, alegre. Cuando estaba contento, todo era risa á su alrededor.

DONINA

¿Verdad que sí? ¡Éramos tan felices!...

ZAIDA

Horas enteras nos pasábamos riendo y cantando y bailando de alegría para nosotros solos y sin cansarnos, sin pensar que luego, en el teatro, teníamos que cantar y bailar en serio para el público.

DONINA

¡Éramos muy felices!

ZAIDA

Y los tres juntos lo hubiéramos sido siempre.

DONINA

Son esos hombres, han sido esos hombres del infierno; ese Príncipe pálido que hiela la sangre solo con mirar.

IMPERIA

Sí, el Príncipe; le conozco bien; solo goza atormentando y envileciendo.

DONINA

Pero esta noche iré con ellos; eso es lo que quiere.

IMPERIA

¡No, eso no! Por el hombre que quieres, por el que eligió tu corazón y es igual á ti, vive... como se vive...

entre goces y penas; ya ves que ni te aconsejo ni te aparto de su cariño. Pero del Príncipe, sí; nunca te acerques adonde esté ese hombre. A su lado solo se respira el odio, la miseria, la vergüenza. Sus queridas han de vestir harapos y son maltratadas sin piedad; se rodea de miserables y, á fuerza de dinero, no hay infamia que no consiga. Entrega una niña á un viejo repugnante; un mozo fuerte y sano á una mujerzuela enferma, y compra las hijas á los padres, las hermanas á los hermanos... Esas son sus fiestas de infierno. Muchas veces allá en Suavia, en una noche de hielo, recogía por las calles á cuantos dormían al raso, y con su séquito de hambrientos miserables llegaba al depósito de muertos, de cuantos se suicidan ó mueren en la calle asesinados, ó de frío ó de hambre. En invierno los había á montones: hombres, mujeres, criaturas también... ¡Era horrible! Y él arrojaba monedas de oro sobre los cuerpos muertos, y era una rebatiña cruel de aquella turba alocada por el brillar del oro. Una moneda caía sobre una herida abierta, y cien manos se estrujaban encima. Se empujaba á los muertos, se los pisoteaba, y él... ni reía siquiera: contemplaba, contemplaba siempre, como debe contemplar el demonio desde el infierno, todas las maldades que pueden cometer los que tienen hambre, obligados por los que no tienen corazón. Ese es el Príncipe pálido, el que hiela la sangre solo con mirar.

DONINA

Por algo le odio. Y Nunú no volverá nunca con él, ó no me verá más.

IMPERIA

¿Vendrás conmigo?

DONINA

¡No, sin él, no! He dicho que no me verá más, porque me mataría. De otro modo no puedo dejar de verle.

IMPERIA

Amor á vida ó muerte... ¡Sea!

ZAIDA

Donina, oigo la música del número que va antes del nuestro. No lleguemos tarde.

DONINA

Es verdad. A cantar y á bailar. No irá esta noche, no irá. ¿Entrarás á verme?

IMPERIA

Sí.

DONINA

Hasta luego. Dame un beso. (*Por Zaida.*) Y á ti también.

ZAIDA

También yo la quiero mucho, señora; á todos los que quieran á Donina. (*Salen Zaida y Donina. Entran la Condesa Rinaldi y Leonardo.*)

LEONARDO

Lo que no me parece bien es que, apenas acabo de salvaros de un grave peligro, según asegurabais, os encuentre hablando con Rujú-Sahib, el domador de elefantes.

RINALDI

¿Vais á suponer?... ¡Un indio, un bárbaro!... Me refería particularidades de sus elefantes. Es muy curioso... La vida de esta gente es muy interesante, más divertida que la nuestra. ¿Qué os parece si yo, de pronto, me presentara en un circo? ¿Qué diría la gente?

LEONARDO

Que habíais sentado la cabeza, porque no sería el mayor disparate que habíais hecho.

RINALDI

La verdad es que esta vida siempre igual... ¡Qué monotonía!

LEONARDO

Y como suprimáis en lo que consiste la monotonía de vuestra vida, sospecho que vais á aburriros mucho.

RINALDI

Vaya, convidadme. Quiero tomar un helado; un *tutti frutti*, son deliciosos.

LEONARDO

Con mucho gusto. ¡Ah, Imperial! ¿Habéis visto?...

RINALDI

Sí, y otras noches...

LEONARDO

¡Qué extraño! ¡Y viene sola! ¡Y con ese traje!...

RINALDI

Ella siempre viste imperialmente. Pero también alterna con los artistas; solo que no trabaja en mi género.

LEONARDO

No entiendo...

RINALDI

¡Qué inocente! ¡Como si no conociérais á vuestra *modelo* mejor que yo! A propósito. Cuando la conocisteis, ¿qué era de su vida? ¡He oído tantas historias!...

LEONARDO

Yo la conocí en Roma, entre la multitud de modelos que pueblan la plaza de España. Donina, como la llamaban entonces, era una figurilla vulgar, de una pobreza triste; esa pobreza de las grandes ciudades, que no es solo de hambre de pan, es hambre de todos los goces de la tierra. Entre otros modelos de oficio men-

digaba una limosna de atención; los artistas no hallaban en ella belleza alguna. Tampoco yo; pero un día me pidió una limosna; su voz no era débil ni plañidera: era una voz firme que exigía atención; hablamos, y al hablar su cara era otra, otra la expresión de sus ojos, la actitud de su cuerpo. Ya no era la pobre modelo, era una obra de arte... era mi estatua... Imperia, que muy poco después daba á conocer mi nombre... ¿La recordáis? Era ella, con las piernas descalzas, una faldilla hecha jirones y el cuerpo medio desnudo; figuraba haber trepado por una roca con penoso esfuerzo, y ya, en la cima, su cuerpo caía rendido sobre un trono y su cara resplandecía con una expresión indefinible... una sonrisa de vida que triunfa ó de muerte que lleva al descanso... Hace tiempo que no he vuelto á contemplar mi obra; mi sentimiento del arte no es el mismo de entonces, pero estoy seguro de que algo había en ella. Una combinación de materiales atrevida: las rocas del pedestal eran de granito, la figura de mármol y el trono de bronce dorado resplandeciente.

RINALDI

¿Y qué significa aquella estatua?

LEONARDO

¡Qué sé yo! Quiere el artista hablar en sus obras y las obras hablan por nosotros. La estatua era... ya lo veis; era mujer, Imperia; una mujer miserable que sube entre rocas, destrozado su cuerpo, y llega á un trono... Podía ser también algo más grande. El poderío del mundo conquistado al fin por todos los miserables de la tierra. ¡Qué sé yo! Era el esfuerzo humano por lograr lo que sueña... ¿Y quién no sueña un trono? Un trono en que triunfe nuestra voluntad con sus egoísmos y con sus amores.

RINALDI

¿Y cuánto tiempo duraron vuestras relaciones con Imperia?

LEONARDO

Muy poco. El mismo aliento que dió vida á mi estatua infundió un nuevo espíritu en Donina; fué la estatua hecha mujer... fué Imperia. El Príncipe Florencio la conoció en mi estudio, cuando yo terminaba mi obra. Era todavía la pobre Donina, con sus harapos y su carita de hambre... Ya conocéis los gustos del Príncipe. Una mañana se despidió de mí. «¿Adónde vas, chiquilla?», le pregunté. «A Suavia», me respondió. «A ser Emperatriz». No pude reirme; había tal firmeza en sus palabras, tal fe de iluminada en sus ojos, que no era posible oponerse á su destino: aquella muchacha podía ser Emperatriz.

RINALDI

¿Y no ha desistido de su sueño todavía?

LEONARDO

De su vida después, no sé nada. Dicen que el Príncipe Florencio la maltrataba como un rufián; que ella quiso matarle; que salió desterrada de Suavia; que en París se reunió con el Príncipe Miguel, y desde entonces vive tranquila y solo piensa en enriquecerse.

RINALDI

El Príncipe Miguel es el más rico de los príncipes de Suavia.

LEONARDO

Y es pródigo como un soberano de otros tiempos.

RINALDI

¿Pues qué mejor imperio que el dinero para dominar al mundo? A esa realidad más práctica habrán quedado

reducidos los sueños imperiales de vuestra Imperia. ¿No era dorado el trono de vuestra estatua?

LEONARDO

Era dorado, porque dorada es la luz, y era un trono de luz, de sueño, de ideal. (*Imperia se levanta y va á saludarlos.*)

IMPERIA

¿Condesa! ¿Leonardo! ¿No me habíais visto?

RINALDI

No. Perdonad...

IMPERIA

¿Y hablábais de mí?

RINALDI

¿Nos oíais desde allí?

IMPERIA

No; pero no era difícil adivinarlo... Me mirábais de cuando en cuando... Comentábais mi presencia aquí, sin duda.

RINALDI

Eso no; también estamos nosotros.

LEONARDO

¿Y á la Condesa le sería difícil explicar la causa?

RINALDI

¿Difícil? ¡Nada de eso! Aquí, poco más ó menos, todos estamos por lo mismo. Podemos saludarnos y hablar con franqueza, aunque mañana parezca que no nos hemos visto.

IMPERIA

Son nuestras almas brujas las que se saludan; las llamo así por un recuerdo mío. Cuando yo era una chiquilla, cerca de nuestra casa vivía una pobre mujer, muy vieja y de aspecto muy venerable. Vivía sola, y parecía una

buena mujer. Tenía su casa muy limpia, cuidaba sus flores, daba de comer á sus palomas, cosía sus ropas: ¡muy afanada todo el día! Una vida siempre igual y siempre apacible. Pero las gentes murmuraban que era bruja y que todos los sábados, apenas daban las doce, volaba al aquelarre, y allí, con otras brujas, rendía adoración á Satanás. Lo cierto es que un día, al amanecer de un domingo, la vieja apareció muerta fuera de su casa, muy lejos de ella, en un descampado; tenía un puñal clavado en el corazón; pero nadie supo del asesinato, ni la causa del asesinato, ni el motivo de hallarse aquella mujer en aquel sitio, cuando todos la vieron la noche antes cerrar su puerta como todas las noches, y á la mañana siguiente la puerta seguía cerrada.

RINALDI

¿Y creéis que en efecto?... Habrá que creer en las brujas.

IMPERIA

En aquéllas, no; pero, entre las horas de la vida más apacible, hay para todos una noche del sábado, en que nuestras almas brujas vuelan á su aquelarre. Vivimos muchos días indiferentes por una hora que nos interesa. Vuelan las almas brujas, unas hacia sus sueños, otras hacia sus vicios, otras hacia sus amores: hacia lo que está lejos de nuestra vida y es nuestra vida verdadera.

RINALDI

Es verdad. Estamos en nuestro aquelarre. Podemos saludarnos. ¡Salud, hermana!

IMPERIA

¡Salud, hermanos! ¿Hacia dónde voláis, hacia el bien ó hacia el mal?

LEONARDO

Yo, hacia donde la vida se desvanece como un sueño.

RINALDI

Yo, hacia el reino de los amores, donde no penetra nunca la muerte.

LEONARDO

Y tú, Imperia, ¿qué buscas?

IMPERIA

Yo me busco á mi misma. Busco á Donina pobre, á Donina ignorante, á Donina enamorada. Tu arte me reveló la belleza que yo poseía, y por ella conseguiré lo que sueño.

LEONARDO

¿Y es?...

IMPERIA

Atesorar, atesorar; el dinero es la fuerza; con él todo se consigue: el bien ó el mal, la justicia ó la venganza.

RINALDI

Ha terminado el espectáculo. La gente vuelve á invadir estos sitios.

LEONARDO

Y ya debemos retirarnos.

RINALDI

Ved... El indio... ¿De veras no os interesa saber cómo se domestica á los elefantes?

LEONARDO

No; pero me interesa saber cómo se domestica á un domador... Si queréis nos sentaremos á su lado.

RINALDI

No seáis imprudente. Se ve que no tenéis costumbre de estas cosas.

LEONARDO

Podéis creerlo. Pero todo será acompañaros... *(Sale Zaida corriendo y llorando y se abraza á Imperia.)*

ZAIDA

¡Señora! ¡Señora! ¿No sabéis? Donina...

IMPERIA

¿Qué?...

ZAIDA

Está loca; no ha querido hacerme caso... Después de lo que habéis dicho, deja que la lleve Nunú con esa gente, con el Príncipe.

IMPERIA

Ese miserable Nunú la ha vendido. ¿Tú sabes dónde están, verdad?

ZAIDA

Salieron con el mismo traje de escena... Sí, sé dónde están; no sé el nombre, pero conozco el sitio.

IMPERIA

Ven conmigo.

ZAIDA

Sí, vamos, vamos... Pero así... ¡No sabéis entre qué gente!...

IMPERIA

¿Qué importa el traje? Voy entre los míos... Ya me conocerán. Voy á impedir una infamia más de un poderoso ó á vengar muchas de una vez en una sola. Vamos. Buenas noches, Condesa; buenas noches, Leonardo.

RINALDI

¿Dónde vas, Imperia?

LEONARDO

Buenas noches, Imperia.

IMPERIA

Más lejos todavía. Hacia otras almas brujas. Es la noche del sábado. *(La gente ha vuelto á llenar el salón y la música de tziganes á tocar.) (Telón.)*

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

La taberna de Cecco. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

MARINEROS y gente maleante juegan y beben en diferentes grupos. CECCO y GAETANO sirven vino y atienden á todos. MAESTÁ, vieja harapienta, sentada sola á una mesa, parece dormir. PIETRO; después el COMISARIO.

MARINERO 3.º

Aquí ese dinero. Por mi cuenta, más vino.

GAETANO

Va en seguida.

MARINERO 2.º

No juegues más.

MARINERO 3.º

¡Déjame!

MARINERO 2.º

Yo retiro mi dinero. Es bastante.

MARINERO 3.º

Toma, hombre; no quiero oírte.

MARINERO 2.º

No; si tú sigues...

MARINERO 1.º

¿Se juega?

MARINERO 3.º